

**LAS SORPRENDENTES
AVENTURAS DE
JOHN ROACH**

MARINERO DE WHITEHAVEN

Segunda y última parte

PRESENTACION

En este número de Wani presentamos la continuación y parte final de "Las sorprendentes aventuras de John Roach". Como señalamos anteriormente, (1) tanto el autor como el texto mismo presentan problemas a la crítica histórica en los que evitamos entrar, ya que su tratamiento exigiría varias páginas y elementos de juicio de los que aquí carecemos. Sin embargo, nos parece que sería de utilidad para el lector ofrecer algunas informaciones sobre los dos grupos indígenas a los que se hace alusión, a saber, kukras y ulwas.

El grupo de los kukras se extinguió, según parece, hacia mediados del siglo pasado, en gran medida debido a la feroz persecución de que fueron objeto, durante el siglo XVIII, de parte de los indios miskitos, quienes, alentados por comerciantes ingleses, emprendieron una implacable cacería para venderlos como esclavos. Hoy en día la toponimia "Kukra Hill" perpetúa sólo su recuerdo, pues ni siquiera de su lengua queda hablante alguno.

Muy distinto fue el sino de los ulwas debido, posiblemente, a que eran mucho más numerosos que los kukras y ocupaban un territorio más extenso. Aunque fueron también perseguidos para ser esclavizados en el siglo XVIII, pudieron sobrevivir hasta, aparentemente, finales del siglo pasado. Las epidemias y la absorción, sobre todo, por los grupos asentados al este y al oeste de su territorio, fueron las causas principales de su desaparición, en tanto grupo étnico. Según parece, la lengua ulwa todavía sobrevive. (2)

Hemos recogido algunas migajas informativas en documentos ingleses y españoles de los siglos XVIII y XIX, que nos permiten acercarnos un poco a ambos grupos. Dichos documentos esclarecen el texto de Roach en una doble dirección: en primer lugar, permiten ver a kukras y ulwas de una manera menos "exótica" que como trata de presentarlos Roach; en segundo término, verificar algunas de sus informaciones en lo que se refiere a las costumbres de estos grupos.

Los aborígenes que en el siglo XVIII vivían fuera del control de la autoridad española en el territorio de la Audiencia de Guatemala eran relativamente numerosos. En 1715, había en las montañas del norte, desde Honduras, 12 mil "indios gentiles de diferentes naciones desparramadas, que viven brutalmente sin obediencia alguna, vagando de unas partes a otras". (3) Dos de esas "naciones" eran, precisamente, los ulwas y los kukras.

El testimonio más antiguo respecto a los ulwas pareciera ser el del incógnito M. W., quien hacia 1699 afirma la existencia de una numerosa población de "albwinneys" y "olwawes", río arriba de las cataratas del río Coco, aproximadamente en las cercanías del Bocay. (4) Para la fecha en que Roach sitúa su relato, poseemos dos documentos extremadamente interesantes.

Según la declaración del indio ulwa Matías Yarrinse, hecha en León el 9 de septiembre de 1768, habían dos "castas de caribes" en las montañas de Nicaragua. Por una parte, los "caribes mansos", como los que obedecían a Yarrinse en el río de Olama, viviendo en "la costa de la montaña que mira a la provincia" (de Nicaragua). Por otro lado, se hallaban los "alzados" llamados "caribes sumies", establecidos desde el centro de la montaña hasta donde estaban los miskitos. (5)

Ese mismo año, según el ingeniero inglés —que fuera, también, Superintendente de la Costa de Mosquitos— Richard Jones, vivían "30 millas" río arriba de la desembocadura del río Escondido una "tribu" de indios llamados "cockeras", cuyo número se había reducido a unas 50 personas, incluyendo a niños y mujeres. Los "cockeras", afirma Jones, eran gente amistosa y amable, y hablaban inglés. Setenta millas arriba del mismo río vivían los "woolvas", pertenecientes a una numerosísima "nación", cuyas diferentes tribus habrían poblado las cabeceras de casi todos los ríos de la costa de Bluefields hasta el río Coco. (6)

Para el siglo XIX, también contamos con informaciones sobre la ubicación geográfica de kukras y ulwas. Un texto de 1841 nos señala lo siguiente: de la ribera norte del río Bluefields (Escondido) hasta la ribera sur del Río Grande de Matagalpa, en una extensión de 50 millas, vivían mil 500 indios, de los que 60 eran miskitos y el resto "woolvas"; de Hone Sound hasta False Bluefields, en una extensión de 25 millas, habitaban mil 200 "cookras" y "woolvas". (7)

En el mapa de Centroamérica editado en Londres en 1856 y basado en el de John Baily, se indican 600 "woolvas" en la margen izquierda del río Siquia. (8) En el diario del capitán inglés Matthew Willock, de 1841, se nos indica la

4. M. W., *The mosquito Kingdom*, Londres, 1699.

5. "Boletín del Archivo General del Gobierno", Primera Epoca. Guatemala, 19, Tomo V, pp. 220 y sigue.

6. Public Record Office, Londres. "A general Account", por Richard Jones, 1769, C. O. 137/76, ff. 208/215.

7. "List of Grants, copied into a Book at Bluefields", 1841, Public Record Office, Londres, F. O. 53/44, f. 128.

8. "Map of Central America", ed. by Trelawney Saunders, F. R. G. S., Londres, 1856. Public Record Office, Londres, F. O. 53/57, f. 330.

1. Wani, No. 11, sep.-dic. de 1991, CIDCA, Managua, pp. 12-13.

2. Wani, No. 11, "El ulwa...", pp. 27-50, por Ken Hale.

3. "Extracto" leído en la junta de Guerra, Guatemala, 28 de febrero de 1715. Archivo general de Indias, Sevilla, Sección Guatemala, legajo 300, fol. 364.

presencia de indios ulwas a lo largo del río Escondido, e incluso en el Río Grande de Matagalpa (9).

Recogiendo todas estas informaciones, podemos adelantar algunas afirmaciones acerca de kukras y ulwas en el siglo XVIII, específicamente en 1770, en que el autor sitúa su relato. En el espíritu de algunos autores del siglo XVIII, parece haber una confusión en lo que se refiere a ulwas y sumos. Tal es el caso de M. W. y Richard Jones, que hacen llegar a los ulwas hasta el río Coco. En cambio, para los ulwas mismos, tal es el caso de Matías Yarrinse, hay una distinción entre "sumies" y ulwas.

En el siglo XIX, esta última distinción aparece clara: los ulwas ocupan un territorio entre el Río Grande de Matagalpa y el río Escondido, pareciendo ser este último su patria. En cuanto a los kukras, el territorio ocupado no ofrece duda alguna en la mente de autores, tanto del siglo XVIII como del siglo XIX: se trataba de las tierras situadas al norte del río Escondido, un tanto arriba, comarcanas de los que hoy es kukra Hill. Muy poco sabemos sobre las costumbres de este último grupo, y en ese sentido el texto de Roach es interesante, aunque sabemos que, parientes cercanos de los ulwas, compartían con ellos muchos elementos de su cultura.

El diario de Willock, al que antes hicimos alusión, nos brinda un testimonio extremadamente preciso, exacto y circunstanciado sobre los ulwas del río Escondido en 1841. Aunque incompleto para nuestras interrogantes, revela una sociedad que, a la vez que se halla anclada profundamente en sus estructuras tradicionales, está fuertemente impregnada de elementos foráneos y asediada por grupos mestizos del oeste y criollos del este.

El lunes 3 de agosto de 1841, a las tres de la tarde, se embarca el capitán Matthew Willock acompañado de tres ingleses y tres "wooluas" —estos últimos para servir de guías y remeros de la embarcación— río arriba del Escondido. La primera constatación sobre los ulwas es su honradez "proverbial", incapaces de robar "ni siquiera un anzuelo". Después de pasar por Kisalaya ("agua de pedernal") llegan a la casa del ulwa Symet, ubicada río arriba de varios saltos peligrosos. El jueves 26 llegan a la casa de otro ulwa llamado Kirivadda, cuya familia se componía de siete mujeres, dos hombres, un muchacho y sus hijos. Kirivadda, quien era sukia, medía cinco pies y seis pulgadas.

Así sigue el relato de Willock, hasta llegar a las cercanías de Acoyapa. Y aparece entonces clara la diferencia que existía entre los indios de los ríos y los indios de la sabana. Aquellos tenían la costumbre de ir de un río a otro. Lo primero que hacían al llegar a un sitio era limpiar un pedazo de selva. Después sembraban algo de maíz, plátano, yuca, algodón, banano. Cuando se acercaba la cosecha de estos cultivos, hacían una casa y se quedaban allí hasta consumir

la producción. Llegado ese momento se iban a otro lugar para hacer lo mismo.

El maíz era molido entre dos piedras, se le añadía agua, se enrollaba y envolvía en hoja de plátano, para ser colocado y cocinado sobre cenizas. Las casas eran sencillos ranchos de hojas y madera, de cinco por tres varas de área. Los indios de la sabana presentaban una modalidad de vida semejante a la de los mestizos chontaleños.

El capitán Cruize hablaba ulwa y español y comerciaba con los "españoles" de Acoyapa. Algunos llevaban ganado hasta Bluefields. Así, mientras Willock subía el río, se encontró con varios ulwas de la sabana que llevaban 14 terneras para la princesa Ana, a la sazón en Bluefields. En plena sabana, antes de Acoyapa, había ya haciendas ganaderas propiedad de indios ulwas. (10) Esto no era nada nuevo. Ya desde 1780 sabemos que habían indios ulwas ganaderos: Matías Yarrinse a su muerte ese año había dejado 300 reses a orillas del río de Olama Real, una parte de las cuales pertenecían a su hermano Gregorio. (11)

El diario de Willock revela varias costumbres de los ulwas. La poligamia era permitida e, incluso, un hombre se podía casar con mujeres hermanas, con la obligación de hacerle a cada una su casa y limpiar su terreno. El rito de iniciación del hombre a la edad adulta se hacía dajándose apalear por dos o tres hombres fuertes sin quejarse. Se practicaba el aplastamiento de la cabeza de los niños con fines estéticos. El entierro se hacía en fosas cubiertas de hojas, en las que se colocaba sentado al difunto. Encima se levantaba un túmulo y se construía una casa. En las fiestas colectivas se invitaban a los indios de la región del Río Grande de Matagalpa. (12)

En resumen, ni ulwas ni kukras vivían aislados de los grupos vecinos, fueran éstos españoles, ingleses, "sumies" o miskitos. A este respecto, el texto de Roach tiene que ser visto con desconfianza, pues el autor trata de presentarnos, a ulwas y kukras, como grupos viviendo fuera de un contexto de relaciones sociales con otros grupos étnicos. En lo que se refiere a las costumbres de los indios descritas por Roach, nos parece que, aunque hay exageraciones, en el fondo son correctas.

Germán Romero V.

9. "Journal of a Voyage from London to Bluefields, Mosquito Shore", 1841, by Matthew Willock. Public Record Office, Londres, F. O. 15/34, pp. 175-240.

10. Ibid.

11. Ver nota 4.

12. Ver nota 8.

LAS SORPRENDENTES AVENTURAS DE JOHN ROACH MARINERO DE WHITEHAVEN

(Segunda y última entrega)

Traducción y notas de Jaime Incer

Que contiene un relato genuino de su tratamiento cruel durante un largo cautiverio entre indios salvajes y su prisión por los españoles en Suramérica. Con su milagrosa preservación y liberación por la divina providencia; y retorno feliz al lugar de su nacimiento después de pasar 13 años entre enemigos inhumanos.

CAPITULO V

Relato de un curioso banquete indígena

Pocos días después de mi arribo entre los *buckeraws*, descubrí que cazaban muy juntos, comían frugalmente y mantenían toda la vianda que podían conservar, calentándola y ahumándola sobre el fuego para preservarla. Una vez que procedieron de esta manera por unos 15 días, la mayor parte de la compañía cargó con la provisión y dejó sus cotos de caza para tomar una ruta determinada en los siguientes tres días.

En la tarde del tercer día, dejamos de caminar y cada individuo —yo entre ellos— se pintó con más arte que lo usual, y calzó un elegante *polpro* de dibujos curiosos que se le había dado con anticipación. Cada uno de los hombres fabricó una trompeta, usando cierta cera de abeja que también la obtuvo de antemano; luego se hizo de una vara de unos cuatro pies de largo, sacada de una clase curiosa de árbol que llaman *bayhook*. Estas varas miden por lo general unas cuatro pulgadas de grosor, pero son tan elásticas que más parecen cuerdas que bordones.

Estando de esta manera equipados, seguimos nuestro camino y en pocas horas llegamos a un extenso cobertizo, largo como un *furlong*, (18) y la mitad de ancho, construido firmemente con troncos y ramas cubiertas con hojas de *trooly*. Allí estaban varios centenares (probablemente miles) de mujeres indígenas y sus niños, cuyo oficio me convenció que habíamos arribado a un lugar de festín.

En una esquina del cobertizo estaban varios montones de animales muertos, similares a los que nosotros cargábamos. Una vez que los depositamos junto a los otros, dejamos a las mujeres y los niños. El resto de la tribu, yo con ella, marchó a cierta distancia, donde había una parcela de

terreno cuadrangular totalmente limpia de malezas, con superficie regular y bien nivelada.

El lugar estaba bellamente rodeado por gran número de árboles altos, cuya regularidad me convenció que habían sido plantados con arte. Pequeños arbustos rellenaban los intervalos, de tal manera que el sitio estaba prácticamente acorralado, con una sola abertura para entrar y salir. En este lugar encontramos partidas de varones de varias tribus indígenas, a las que pertenecían las mujeres y niños que primeramente mencionamos; todos estaban provistos de trompetas y varas, similares a las nuestras.

Al caer la noche, los diferentes grupos enviaron a dos o tres individuos al apartamento de las mujeres a traer provisiones para el resto de los suyos. Una vez obtenidas, tuvieron una cena sustanciosa y se echaron a dormir. En la siguiente mañana, la congregación entera marchó en procesión regular al cobertizo, sonando las trompetas de una forma que me imagino resultaba melodiosa para sus oídos.

Las mujeres comenzaron a juntar manos y danzar en torno de un poste levantado en el centro del lugar; cantaban, susurrando como es su manera, muy deliciosamente. Cuando todas las tribus habían entrado, las mujeres se separaron, tomando cada quien una calabaza llena con un licor de maíz o de plátano para ofrecerla a sus maridos, quienes la bebieron con todo placer.

Varios centenares de animales desafortunados fueron devorados por las tribus en ese día. A continuación, las mujeres danzaron y cantaron como antes, mientras los hombres regresaban en procesión musical al sitio encerrado.

Otras pocas tribus arribaron entonces. La congregación entera, consistente en ocho tribus, se dividió, ubicándose un grupo en cada esquina y el resto a los lados. A continuación, un hombre de uno de los grupos avanzó hacia el centro del lugar; dió un silbido que fue respondido por otro de diferente tribu, que vino corriendo hacia el primero.

18. Una antigua unidad de distancia que equivalía a 220 yardas.



Ilustración: Modesto García

Luego uno de ellos se agachó, apoyando las manos sobre sus rodillas, exponiendo la espalda desnuda, mientras el otro la golpeaba con sus nudillos con toda la fuerza que disponía. Luego cambiaron papeles el golpeador y el golpeado, soportando aquél los golpes de éste; después de lo cual se incorporaron a sus respectivas tribus.

Entonces llegó el turno a una segunda pareja, y así sucesivamente continuó la diversión singular, sin ninguna interrupción hasta la caída de la tarde, salvo cuando algunos iban al cobertizo a disfrutar del amado contenido de las calabazas. (19)

Al anochecer, los hombres se dirigieron en procesión con sus trompetas al cobertizo, donde comieron con apetito, y regresaron al sitio de las competencias no para descansar sino para continuar con saltos, gritos, risas y a correr como si estuviesen locos.

En la mañana siguiente desayunaron como antes, para luego continuar con la diversión del día anterior, golpeándose mutuamente con los nudillos en forma inmisericorde. Al caer la tarde, cenaron de nuevo repitiendo la misma ceremonia; pasaron la noche dando gritos y alaridos con tan grande algarabía, que parecía que todas las bestias del bosque estaban trabadas en una batalla campal.

Al otro día, después del desayuno, procedieron con su entretenimiento en la forma más bárbara que yo haya visto u oído decir. La entera compañía formó dos divisiones; una

de las cuales se colocó en el centro del lugar, provista con grandes manojos de zacate firmemente atados. Una vez hecho esto, formaron una línea, cada quien con un palo en la mano.

A continuación, el que estaba adelante se acostó sobre la pila de zacate, ofreciendo su espalda a los golpes que los demás le propinaron cuando pasaban junto a él, uno tras otro, espalda que ya estaba lastimada por los golpes del juego anterior. Cuando toda la compañía hubo desfilado, el castigado se levantó y volteó su cuerpo para recibir una nueva tunda de los mismos apaleadores. De esta doble manera, cada quien tuvo que soportar igual tormento cuando llegó el turno que le correspondía.

El otro grupo, también con su manajo de zacate, pasó por la misma disciplina. Al concluir esta diversión verdaderamente salvaje, todo el terreno alrededor quedó cubierto con sangre coagulada que corrió de la lacerada espalda de los pobres indios idiotas. Nueve individuos de uno de los grupos, entre los que se contaban dos de los *buckeraws*, murieron por los golpes inmisericordes que recibieron y muchos otros apenas podían caminar.

Si hubieran formado un sólo grupo, en lugar de dos, estoy seguro que muy pocos hubieran sobrevivido a la paliza que recibieron. Aún así, entre más bárbaro era el tratamiento más júbilo les producía. Habían trabajado con tesón para realizar el evento y su gozo fue tanto durante el mismo que su risa casi los parte en dos. Tan pronto como la debacle terminó, enterraron a los muertos con el mayor gozo y éxtasis cerca del lugar de las competencias, tocando sus trompetas de cera, saltando y danzando sobre las tumbas.

19. Estas competencias olímpicas eran llamadas *Asang Lawana*; son citadas por Eduard Conzemius en su "Estudio Etnográfico sobre los Miskitos y Sumos de Honduras y Nicaragua".

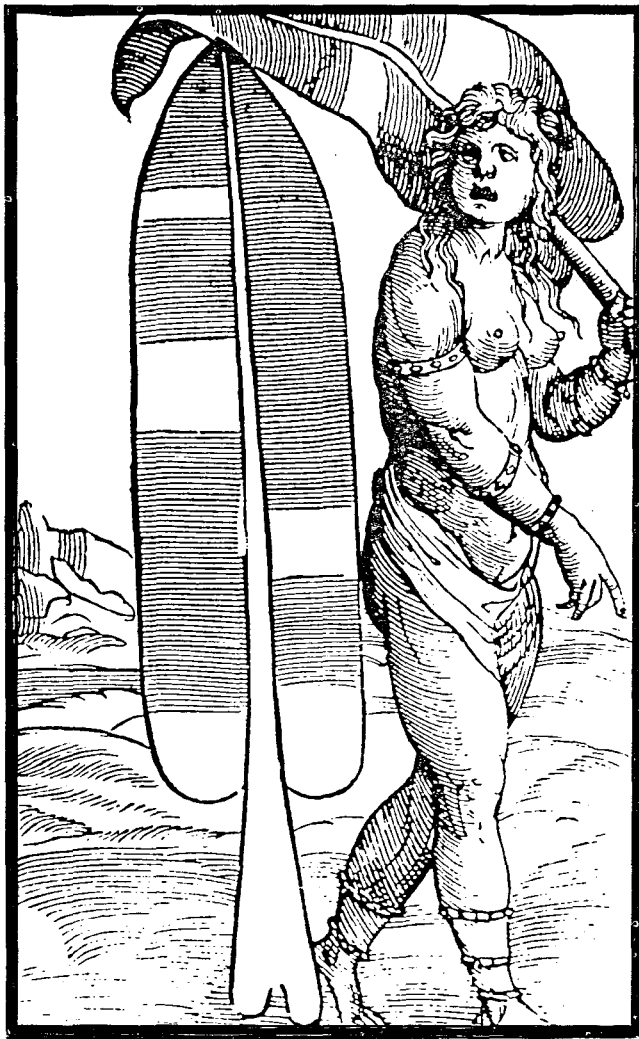


Ilustración del Libro *Secondo delle Indie Occidentali*.

La entera congregación marchó luego hacia un río próximo, para lavarse la sangre, regresando después al cobertizo para, de la manera acostumbrada, devorar una cantidad sorprendente de carnes y beber hasta la exaltación. Después, las distintas tribus tomaron lo que quedaba de la provisión y se marcharon al territorio respectivo.

La nuestra viajó a corta distancia y se echó a dormir. En realidad, teníamos gran necesidad de reposar, pues no habíamos cerrado los ojos desde la noche cuando arribamos al banquete. En la siguiente mañana, continuamos rumbo a nuestros lugares con los huesos molidos, muchos de la tribu en estado de debilidad. La marcha fue lenta y tomó uno seis días para llegar a uno de los sitios.

Me sentí muy aliviado de haber salido inmune de ese despreciable banquete, pues hubiera resultado fatal para mí porque los *woolaways*, de quienes había desertado, eran una de las tribus que llegaron al convite. Al notar mi presencia se abalanzaron en contra mía como si trataran de hacerme pedazos; pero por suerte los nuevos amos, que esperaban más servicios de mi parte, evitaron que me mataran o capturaran.

Los *woolaways*, estando en minoría, fueron obligados a renunciar al pleito, aunque no dejaron de lanzarme miradas feroces durante la contienda salvaje y parecían aguardar la oportunidad para acabar conmigo. En esa situación estaba yo tan asustado que escasamente pude saborear un solo bocado de las vituallas mientras estuvimos juntos. Felizmente logré salir del percance al final con seguridad, pues me mantuve constantemente junto a mis nuevos amos y siempre marché con ellos cuando íbamos al cobertizo o regresábamos al sitio de las competencias.

Después me informé que este salvaje banquete se llevaba a cabo entre todas las tribus de la selva en ciertas épocas convenidas, pero nunca supe cómo establecían el momento propicio para realizarlo. Sin embargo, por un medio u otro, posiblemente por los ciclos de la luna, las tribus parecen estar perfectamente informadas, pues que sin mediar previa invitación todas acuden al lugar convenido en el espacio de pocas horas.

Todas las tribus que estuvieron presentes en el torneo parecían hablar diferentes lenguas. Sumaban ocho en total, aunque no podría determinar el número posible de individuos que asistieron. Tampoco observé a ningún cautivo, excepto mi persona, en toda la competencia. Algunas de las tribus tenían perros, pero no ví ningún caballo, salvo el de nuestro jefe.

Durante el banquete, las mujeres y los niños permanecieron principalmente en el cobertizo, pero ignoro a qué se dedicaban además de cocinar. La salvaje diversión de los hombres se les mantuvo oculta tanto como fue posible, pues les estaba prohibido acercarse al lugar de la competencia varoniles, cuya entrada estuvo guardada constantemente por una pareja de indios.

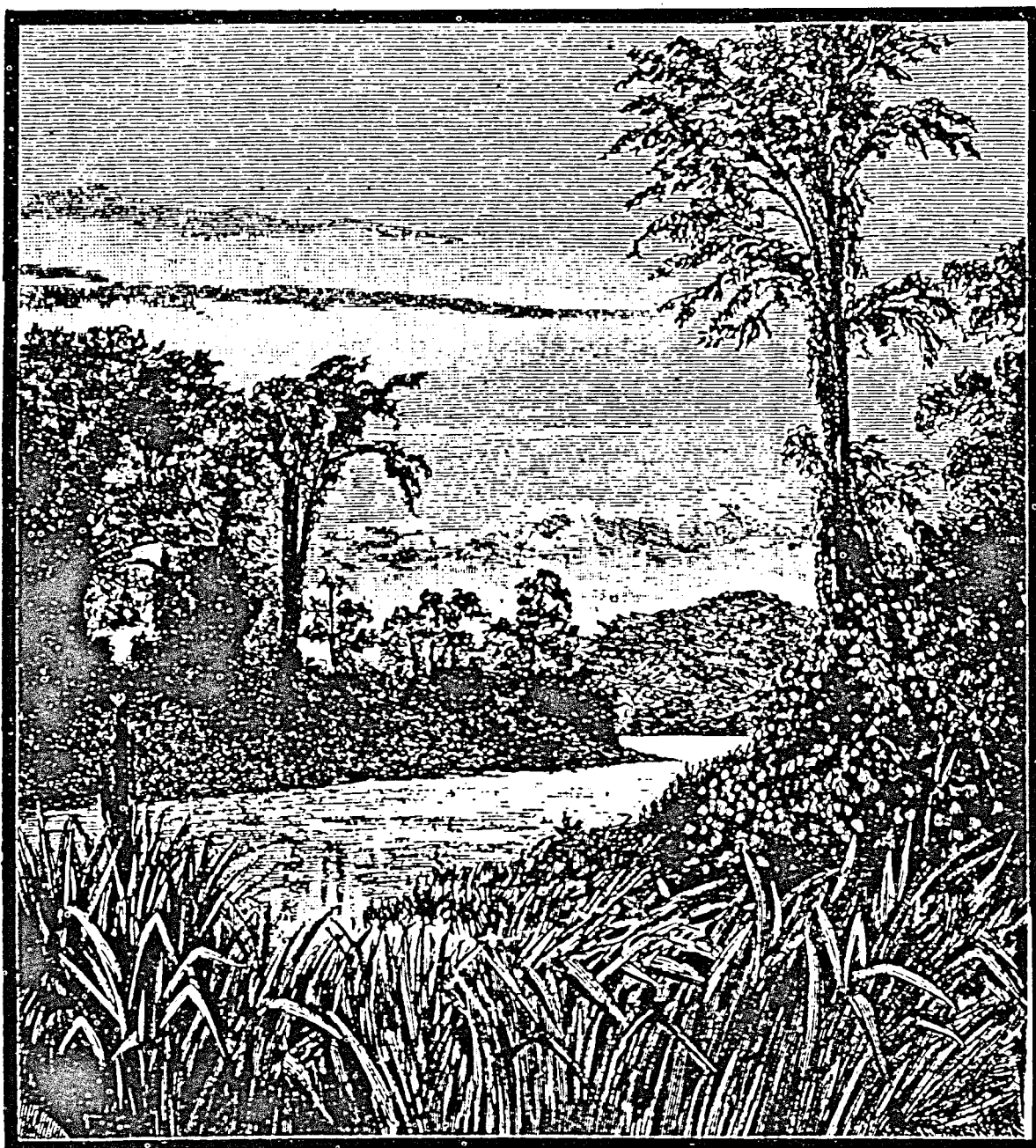
Durante las comilonas las diferentes tribus no compartieron provisiones. Cada uno hizo su propia hoguera bajo el cobertizo, donde las mujeres cocinaban el alimento, de modo que cada tribu comió de su propia vitualla mientras estuvo junta y partió llevándose lo que sobraba. Sin embargo, el licor fue escanciado en comunidad. Los plátanos y el maíz que utilizaron para prepararlo eran productos de los terrenos vecinos que, imagino, fueron cultivados por alguna de las tribus que vivía por ahí cerca.

CAPITULO VI

Sobre su tratamiento entre los indios; su fuga; su cautiverio por otra tribu; sus costumbres y maneras; su conducta para con él; escape final del bosque; su arribo a la habitación de un indio civilizado; su amable entretenimiento; y su partida de la casa hospitalaria.

Pronto mi esclavitud se volvió tan insoportable entre los nuevos amos, como la que había sufrido de parte de los *woolaways*, pero por suerte no me golpeaban con sus arcos, pues rara vez me castigaban, probablemente obedeciendo al deseo de aquel venerable médico-brujo quien, como dije antes, había sido el instrumento de mi liberación de una muerte cruel y siempre se distinguió por su apoyo a mi causa.

Yo parecía tan contento en lo posible bajo el servicio de los indios; aceptaba cualquier carga que ponían sobre mis espaldas y hasta consideraban que ya estaba domado, dándome por consiguiente mayores libertades. A menudo vagaba una o dos millas fuera de su alcance y regresaba de nuevo, pues sentía temor de caer en las manos de alguna otra tribu más salvaje, o de ser apresado por mis antiguos



captos, quienes seguramente me condenarían a una muerte cruel.

Esta idea era suficiente para descartar cualquier intento de escape de mi parte. Sin embargo, con el transcurso del tiempo, los tristes pensamientos de estar toda una vida secuestrado en un temeroso ambiente salvaje, sin el deseable gozo que proporciona una hora de social convivio con amigos cristianos, cargó mi mente con intolerable peso y la forzó a buscar la primera oportunidad que se presentara para abandonar mi servicio y tentar mi destino hacia otro rumbo aventurado, poniéndome en manos de la circunstancia.

Empecé a menudo a poner ojo sobre el caballito que inicialmente me trajo hacia la tribu. Poco a poco contraje con él una gran intimidad, pues yo bien sabía que podía llevarme unas 100 millas en pocas horas, teniendo a mi favor un mejor conocimiento del territorio adyacente. No obstante, seguía totalmente ignorante sobre el rumbo que pudiera conducirme a la costa del mar.

Una tarde, mientras caminaba solitario a cierta distancia del grupo, me sentí muy dichoso al advertir la presencia solitaria del animal. De inmediato me dirigí hacia él; hice que se echara y estaba a punto de montarlo cuando, para

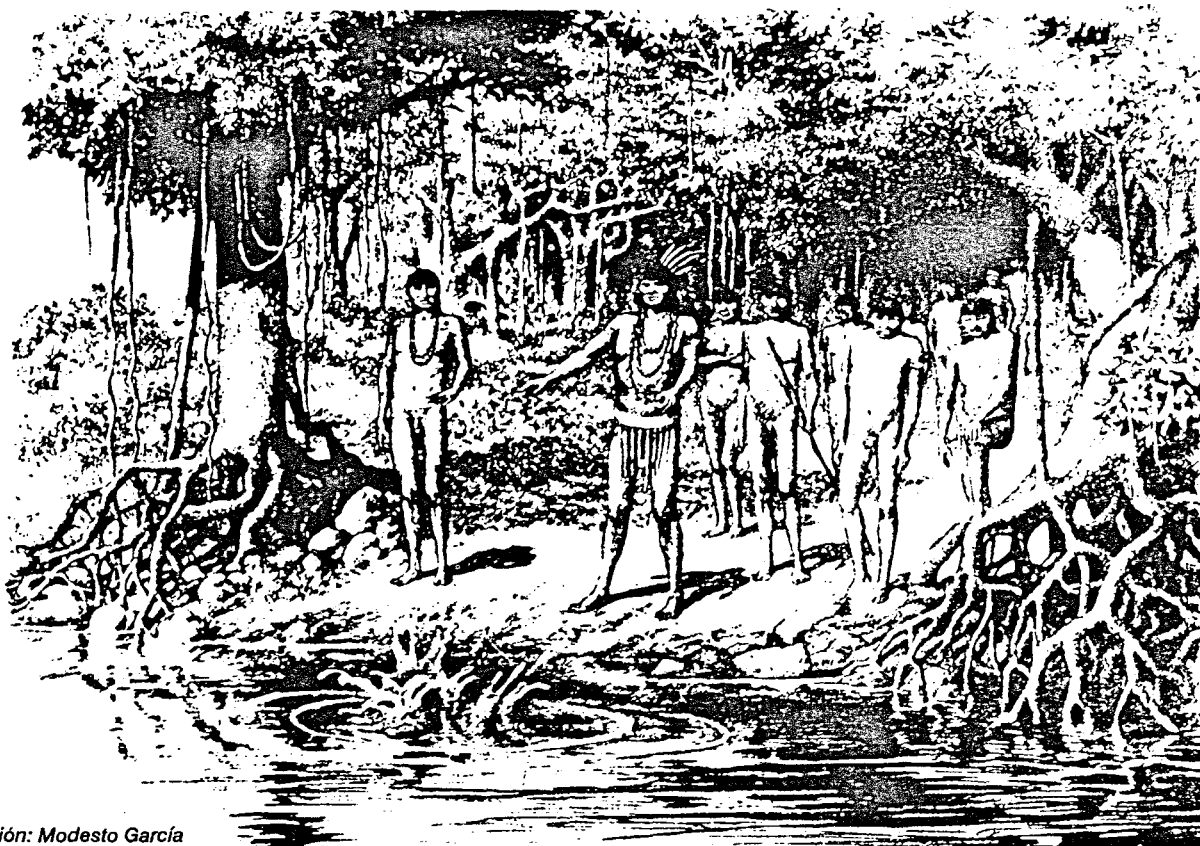


Ilustración: Modesto García

gran mortificación mía, divisé al jefe que venía hacia donde yo estaba.

Sin embargo, pareció no percatarse de mi verdadera intención, pues permitió que montara en su amado corcel y cabalgara por considerable tiempo. Mantenía tan sometida a la tratable criatura que bastaba un silbido para obligarla a regresar.

En realidad, no me extrañaba que el animal sintiese un peculiar afecto para su amo porque, siendo posiblemente el único caballo en el bosque, el jefe dependía de él enteramente y lo trataba más como perrito faldero que como equino. Esto sin embargo no apartaba mi determinación de hacer todo lo posible para transformarlo en el instrumento de mi fuga, después que el primer intento quedó accidentalmente frustrado.

En efecto, poco tiempo después logré llevar mi proyecto a ejecución, de lo cual daré al lector un detalle: al décimo mes de mi cautiverio, mientras el resto de la compañía dormía alrededor de la hoguera nocturna, con toda paz monté en la pequeña criatura y, encontrando un bonito y claro sendero en medio del bosque, cabalgué como unas 100 millas, no parando salvo para dividir un pequeño trozo de carne que había traído conmigo para sustentarme durante el viaje.

Sintiéndome fatigado y deseoso de una siesta confortable, até el corcel a un árbol y me recliné a la sombra de otro en busca de reposo, habiéndome quedado dormido. Cuando desperté, ¡oh suerte!, advertí que mi compañero había escapado y probablemente regresaba al verdeante suelo del lugar donde lo había tomado.

Grande fue mi pena por haber perdido este valioso animal, pues no solamente echaba de menos sus patas, que acelerarían mi avance hacia algún ambiente más propicio, sino también su alegre compañía que alejaría los pensa-

mientos de las horas tristes en caso que la providencia me deparara un largo viaje.

Estando solo, vagué por el bosque por cinco días consecutivos y sus noches, durante los cuales me topé con diversos animales de diferente clase, que para mi felicidad eran del tipo inferior, tales como venados, monos, jabalíes, comadrejas, etcétera, que en vez de atacar, escapaban precipitadamente ante mi presencia.

Durante mi travesía solitaria sobreviví con las frutas silvestres que encontraba y mantuve un curso invariable como pude, con la esperanza que me condujera en su debido tiempo al deseado margen del Atlántico. Pero, ¡icaramba!, en la tarde del sexto día tuve la mortificación de encontrarme con otra tribu de indios, que al instante me capturaron y me sometieron una vez más a la esclavitud.

Esta tribu realizaba considerable comercio con los españoles, intercambiando cueros valiosos de animales por sal, cuchillos, cierta clase de pequeñas dagas que ellos llaman *chait*s (machetes) y otros artículos. Habitaban bajo enramadas pequeñas cubiertas con hojas de árboles, donde pasaban la noche. Cultivaban hermosas milpas y hacían un pan aceptable, moliendo los granos humedecidos entre dos piedras lisas, calentando sobre el fuego pequeñas tortas; pero el principal alimento era el que obtenían de la caza, al igual que las otras tribus. Me sorprendí en cierto modo cuando me dieron por tarea cargar con las pobres víctimas de sus flechas mortíferas.

Ellos son los *assenwass*es, (20) que no llevan marcas en el cuerpo, ni se pintan como las otras tribus. Tampoco

20. *Asangwás*, posiblemente de la tribu *Buac* o *Boacos*.

parecen tener religión, como no la poseen los otros grupos, excepto la ceremonia matutina que observé en la primera tribu. No obstante, son un poco más civilizados y humanos que los otros. Tengo la sospecha que sus vidas no duran mucho; los jóvenes no tiene cuerpo robusto ni el espíritu de coraje que se observa en las otras tribus; los viejos arrugados no actúan con el mismo vigor que observé tan notoriamente entre los grupos más salvajes.

Me mantuve por un tiempo tolerablemente contento en mi nuevo servicio, aunque nunca me conformé con la desnudez de mi situación, el humillante trabajo y el permanente aislamiento del mundo cristiano. Sentía placer de reflexionar que, después de las dos anteriores andanzas, mi situación había mejorado hasta cierto punto. Tenía la corazonada que, tras unos pocos días de afortunado viaje, lograría arribar a los dominios de los españoles, de quienes juzgaba no podía estar muy lejos. Por lo tanto, determiné una vez más escapar en busca de mejores horizontes, lo cual pude realizar al amparo de una noche oscura en el sexto mes de mi tercer cautiverio.

Renové mi solitaria caminata a través del bosque, viviendo de las frutas silvestres como lo había hecho en anteriores ocasiones, sin encontrar ningún impedimento o tener aventura digna de relatarse hasta llegar a la tarde del tercer día de fuga, cuando experimenté la felicidad de alcanzar el límite del bosque.

El temor de toparme nuevamente con una de las tribus salvajes se disipó y guardé la esperanza de encontrarme en regiones más propicias. Por lo tanto, apresuré el paso y pronto me encontré en medio de una extensa planicie cubierta de verdor, decorada por multitud de ganado que pastaba. Me sentí muy encantado por esta visión tan prometedora y, encontrando un camino transitable, anduve por él por largo rato en medio de gran excitación.

A distancia percibí una casa elegante y cómoda, hacia la cual enderecé mis lastimados pies. Al llegar, golpeé la puerta y la abrió un indio bien vestido, que me echó una mirada compasiva, aunque la forma de su cabeza me convenció que era un woolaway, idea que me llenó de inexpresable terror. Sin embargo, escondí el miedo como pude y el temible extraño se dirigió a mí en una lengua que imaginé era español.

Como no le comprendía, naturalmente le contesté en mi lengua nativa y, para mi gran sorpresa, de inmediato me respondió en la misma. Me preguntó quién era, cómo había llegado, e hizo varias preguntas similares, a todas las cuales respondí de una manera respetuosa. Después me tomó de la mano con bondad, me introdujo en la casa y me ofreció asiento. Se dirigió a un cofre y me trajo una camisa limpia con un par de pantalones, zapatos y un sombrero de paja, con los cuales inmediatamente me vestí con elegancia.

Estando así acomodado, preguntó con afecto sobre mis aventuras. Le dí en correspondencia un detalle de los principales eventos de mi vida, con especial referencia a mi cautiverio entre los indios. Pronto descubrí que tenía un aceptable conocimiento de todas las tribus, porque me preguntó sobre sus marcas y costumbres, diciéndome de inmediato el nombre correspondiente a cada una. Mostró gran sorpresa cuando supo del éxito de mis fugas, pues afirmó que ninguna persona, entre 40 capturadas por los indios, había logrado escapar con vida.

Luego relató algunos actos de sus crueldades. Entre otras cosas, me dijo que un joven marino inglés llamado Charles Fox, que había escapado del bosque pocas semanas antes de mi hazaña y arribado a su casa, le informó que él con cuatro más de su tripulación tuvieron la desgracia de caer en manos

de los woolaways hacía unos cuatro años, quienes abusaron de él de una manera que es chocante relatar. Inmediatamente después que fueron capturados, los inhumanos salvajes los desnudaron, amarraron a los otros cuatro a un árbol y mutilaron bárbaramente, miembro por miembro. Pero como Fox era un hermoso mancebo, le perdonaron la vida y vivió entre ellos como esclavo por un largo período.

Con el paso del tiempo logró escapar, pero siendo tomado por otra tribu continuó por otros cuatro años en la más abyecta de las esclavitudes. Mi generoso informador también añadió que el joven había pasado varios días en su casa, que le había dado ropa e indicado continuar a Mataolpa (Matagalpa), un pueblo español no muy distante. Expresó la esperanza que yo también pudiera conversar con Fox personalmente.

Mi generoso anfitrión no fue muy condescendiente como por darme un detalle de su propia vida, cuyos principales eventos eran los siguientes: era originalmente uno de los woolaways, pero cuando tenía unos 18 años fue capturado junto con otros de la tribu por una partida de mosketos. Lo vendieron a un traficante inglés que vivía en la Costa, bajo cuyo servicio continuó por varios años empleado en trabajos de tierra y mar.

Estuvo varias veces en la isla de Jamaica con una goleta que pertenecía a su amo y aprendió a hablar el inglés de una manera aceptablemente buena. Como el amo era de carácter pacífico, mi anfitrión no tenía gran razón para quejarse del tratamiento que recibió bajo su servidumbre, aunque siempre mantuvo el ansiado deseo de volver con sus antiguos compañeros, libertad que al final consiguió.

Me contó en efecto que después de 12 años de esclavitud, estando de pesca en el mar, en una larga canoa con algunos pocos mosketos, se levantó un fuerte viento que los llevó mar adentro. Después de navegar a la deriva por tres o cuatro días, fueron lanzados hacia el sur, a un río, donde desembarcaron en busca de agua y provisiones.

Reconociendo el lugar como cercano al territorio donde sus antiguos paisanos usualmente vagaban, desertó de sus presentes compañeros. Se internó en el bosque y después de buscar por varios días, se encontró nuevamente con los woolaways. Pero no encontró entre ellos la felicidad que buscaba. No podía reconciliarse con la forma nómada de sus vidas, prefiriendo regresar más bien donde el amo inglés. Pero pareciéndole esto imposible, decidió probar fortuna por otros rumbos.

En consecuencia, abandonó a sus paisanos después de tres meses de haber vivido entre ellos y se internó tierra adentro hasta llegar a donde estaban los españoles. Estos lo capturaron y llevaron al pueblo de Mataolpa, donde lo pusieron en prisión. Después de un mes de confinamiento, fue conducido por varios centenares de millas, atravesando el país hasta Guatemala, donde residía el Presidente español.

Después de haberlo examinado con rigor, la referida autoridad terminó creyendo felizmente la versión de mi anfitrión, que había desertado de su rebaño indígena en busca de una vida más civilizada. Bondadosamente lo tomó a su servicio. Después de permanecer poco tiempo con su nuevo amo, como sirviente de nimiedades, obtuvo el gran favor de ser ascendido a un oficio superior.

En efecto, había sucedido que un gran número de asaltables subían y bajaban por un río que se llama, según trato de acordarme, Ouza, (21) provocando gran daño a los que

21. Olama.



ILUSTRACION: MODESTO GARCIA

vivían cerca de la corriente. El Presidente por lo tanto ofreció proveerle de una casa cómoda y de extensas tierras, con la condición de que viviera cerca del río, poniendo a su disposición tantos esclavos como los necesarios con el objeto de cultivar las tierras y prevenir que cualquier persona subiera a bajara por el río sin el debido permiso.

Aceptó con alegría la propuesta favorable del Presidente y, habiendo sido dotado de la casa donde hoy vive, y teniendo a su disposición tierras, obtuvo gran número de esclavos según lo convenido para realizar el doble objetivo de cultivar el terreno y guardar el río. Por consiguiente, tan pronto como pudo se procuró de cierto ganado, que luego se multiplicó en considerable número. Después de siete años de estar en el lugar se había vuelto rico. Tenía una pareja de esposas jóvenes de origen indio y tres o cuatro balbucantes niños vinieron a aumentar su felicidad doméstica.

Me informó que no quería engañarme ofreciendo su casa por más tiempo, pues si lo hacía llegaría a saberlo cualquier gobernador español, lo cual sería probablemente fatal para ambos y que tampoco convenía se supiese que me había hospedado en su casa. Juzgaba sería bueno presentarme ante los españoles de mi propia voluntad (como Charles Fox lo había hecho últimamente), en lugar de ser enviado en cadenas como era la costumbre. No obstante, me mantuvo generosamente por tres días, a fin de que me repusiese

antes de continuar en el viaje; luego me dio prestado su caballo y tres esclavos, para que me encaminasen por el rumbo que debería tomar.

En consecuencia, fui dirigido por los guías hacia un pueblo indio en territorio español que estaba a cierta distancia. (22) Luego me señalaron cómo llegar al pueblo hispano de Mataolpa, pues no osaban acompañarme hasta allá, como tampoco querían exponerse a ser vistos en mi compañía por los españoles y regresaron donde su amo después de haberme indicado el camino a seguir. (23)

CAPITULO VII

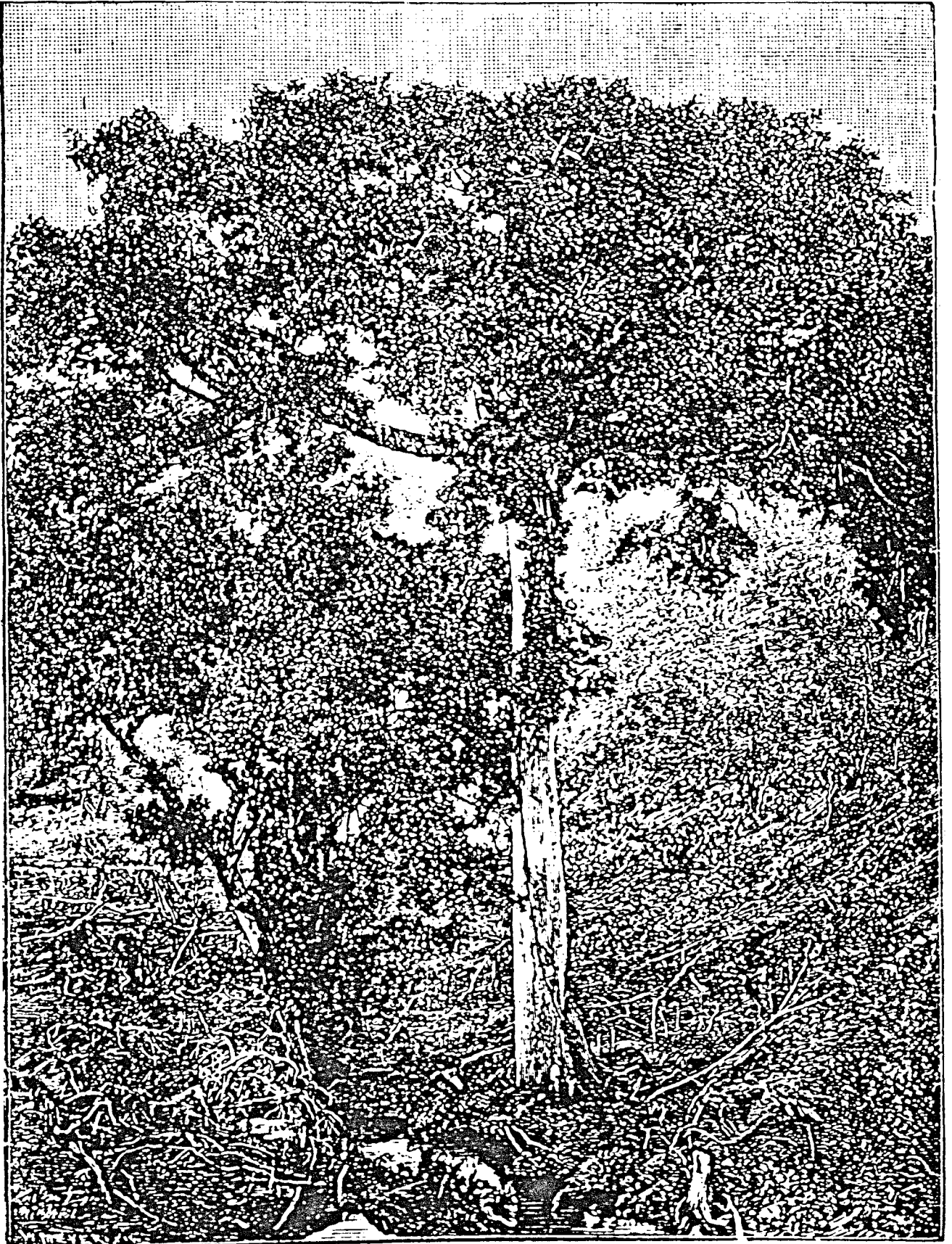
Violenta captura por parte de los españoles; juzgamiento por los gobernadores como espía sospechoso; sus viajes y distintos encarcelamientos por varios lugares de Sur América; el trato hospitalario de un magistrado español; su encierro en un calabozo subterráneo y el bondadoso tramiento que recibió de una dama generosa que lo visitaba.

Habiendo sido abandonado por los guías un poco después del medio día, proseguí de acuerdo a las instrucciones y, no obstante la amenaza de una tormenta de viento y agua, continué viajando hasta la noche. Sintiéndome entonces fatigado y viendo que el pueblo que buscaba no aparecía, me acosté a la orilla del camino para dar descanso a mis maltratados miembros hasta la mañana siguiente.

Cuando estaba listo para dormir, un indio borracho se acercó y me habló en una lengua que no comprendí. Entonces me palpó la cabeza y otras partes del cuerpo sin hacerme daño, después de lo cual, imaginando su deseo de saber quién era yo, le dije en mi idioma: **an Englishman**. De inmediato se alejó

22. Posiblemente Muymuy.

23. El comisionado por el Capitán General para guardar la frontera era un indígena llamado Yarrince. A su muerte en un calabozo de Guatemala, acusado de traición a los españoles, sus familiares reclamaron las tierras de Otama al obispo Villareal que andaba de visita pastoral por esos lados.



con gran prisa y pude reposar sobre el tronco caído de un árbol podrido con la esperanza de un merecido sueño.

No había descansado ni media hora cuando vinieron por mí unos 50 españoles montados y armados; al instante me capturaron y llevaron al pueblo cabalgando a toda prisa. Al aproximarnos al lugar, las campanas repicaban, los tambores sonaban y los cañones disparaban desde la casa del Gobernador, con un ruido que continuó sin interrupción por el resto de la noche.

La corazonada que tenía de ser recibido amablemente por los civilizados españoles se esfumó de pronto y me sentí como si estuviera nuevamente entre los salvajes habitantes del bosque, porque me lanzaron a la prisión con las manos temblorosas fuertemente atadas y los pies pegados al suelo por una pesada bola de hierro; una fuerte custodia militar me fue impuesta y, por la conducta furiosa de todos los que se acercaban, no me cupo la menor duda por un tiempo que estaba condenado a una muerte segura.

Pronto comprendí que los españoles sospechaban de mí como espía y temían que alguna tropa inglesa estuviera al acecho en el bosque vecino, aunque en esa época no había guerra entre Inglaterra y España. No obstante, como resultado de la falsa aprensión, los militares se mantuvieron en diligente vigilancia; la mayoría de las mujeres y niños, cargando con enseres livianos, abandonaron el pueblo y escaparon precipitadamente hacia el interior del país. (24)

El Gobernador (25) vino rápidamente a la prisión para examinarme, pero como no traía intérprete no le entendí, tampoco él a mí. Por lo tanto, despachó a un negro al pueblo de Granada, pidiendo al Gobernador de ese lugar enviara alguna persona que supiera el idioma inglés. Mataolpa se encuentra sólo a pocas millas al oeste del río Costa-Rica (?) y, en consecuencia, a gran distancia de Granada. No obstante, el recado parecía ser de tal importancia que el Gobernador de Granada vino en persona a Mataolpa, después de 20 días de la salida del mensajero, acompañado por un notario y un negro que era bastante fluido en la lengua inglesa.

Comenzó el examen en presencia de ambos gobernadores y el otro caballero. El negro me interrogaba en inglés, preguntándome quién era, cómo arribé a la costa, dónde había vivido desde mi desembarco y sobre otras cuestiones similares, a todas las cuales contesté ampliamente, dando cuenta particular de mis últimas y lamentables desgracias. Luego me informó que uno de mis paisanos, llamado Charles Fox, había sido últimamente capturado en el lugar bajo la sospecha de espía y que los gobernadores estaban convencidos que formábamos parte de la misma confabulación.

El negro me hizo estricta inquisición sobre si tenía algo que ver con el dicho Charles Fox, o había mantenido comunicación con él, pero le sostuve con toda confianza que nunca lo había visto ni tratado, aunque de inmediato imaginé que éste era el joven del cual me había informado mi amigable woolaway.

No les descubrí que había oído hablar de él con antelación, porque hubiera roto la palabra empeñada, mucho menos mencionar a los españoles que había sido huésped de aquel

generoso indio. El negro repitió en español mis afirmaciones a los que lo rodeaban, pero parecieron incrédulos de todo lo que dije, pues guardaban la fuerte sospecha de que yo era espía; en consecuencia, me sentenciaron a un año de prisión, en cuyo transcurso confiaban aparecerían nuevas evidencias sobre el caso.

Pronto supe que Charles Fox, mi supuesto cómplice, había estado últimamente en la misma prisión donde me encontraba confinado, pero que lo transfirieron a otra, a considerable distancia, donde lo tenían a buen resguardo. Indudablemente estas circunstancias me comprometían ante los españoles más de lo que hubiese hecho, puesto que creían firmemente que Fox y yo estábamos confabulados y aumentaban la sospecha de nuestro rol como espías. En consecuencia guardé prisión por un año por orden de los gobernadores. Un par de frailes llegaban dos veces al día con provisiones para los prisioneros, porque no teníamos ninguna asignación de alimentos de parte del gobierno. Sobrevivimos sólo de lo que caritativamente nos enviaban del convento, unos cuantos bocados para cada preso.

Al término del año me montaron en un caballo, fuertemente encadenado, seguido por media docena de soldados españoles, con la instrucción de conducirme a Massiah (Masaya), un pequeño pueblo a considerable distancia en el interior del país. Después de cuatro días de cabalgata llegamos al lugar de mi destino, donde fui mantenido en prisión con pesados hierros y miserable ración por espacio de seis meses. Luego fui conducido de la misma manera a la ciudad de Nicaragua (Rivas), a donde arribamos después de dos días y medio de viaje.

Aquí también me encerraron de modo similar a las pasadas experiencias. Después de otros seis meses fui transportado en un día a la ciudad de Granada, que está como a 50 millas al oeste de la de Nicaragua. En Granada permanecí unos 12 meses, después de los cuales fui nuevamente montado en caballo y conducido, luego de un viaje de seis días, a la ciudad de León, capital de la provincia de Nicaragua, situada en el extremo occidental del lago del mismo nombre (?).

Allí fui confinado a un cuarto privado de la prisión y cargado con pesadas cadenas, pero mi salud era después de todo excelente; la dieta tan buena como mi corazón pudiera desear, pues la mayoría de las personas gentiles del pueblo contribuyeron al sustento y enviaban diariamente vianda de sus propias mesas, una gran cantidad de excelente provisión, de modo que contribuí con la pequeña asignación de los frailes a aumentar la escasa ración de mis compañeros de prisión.

Después de quedar en León por casi un año adicional fui sacado con cadenas pesadas sobre las piernas, escoltadas por seis soldados y un cabo, con destino a Comajagua (Comayagua), viaje que tomó tres semanas. En el camino tuvimos que cruzar un río espacioso (26) de corriente rápida en exceso, de modo que todas nuestras vidas encararon inminente peligro, pues las cabalgaduras fueron arrastradas accidentalmente por la corriente a considerable distancia y no logramos sino tras gran dificultad alcanzar la orilla opuesta.

Cuando llegamos a Comajagua fui conducido a la presencia de Don Beneto Castilla, (27) magistrado español. Después de un breve examen, este honesto caballero ordenó a los guardas partir, envié a uno de sus sirvientes por el herrero

24. En el siglo XVIII fueron numerosos los asaltos que ingleses, miskitos, sambos y sumos realizaron contra las poblaciones españolas de Segovia, Matagalpa y Chontales.

25. Más bien, Corregidor del Partido de Sébaco y Chontales.

26. Choluteca.

27. Benito de Castilla.



ILUSTRACION: MODESTO GARCIA

para que me quitase los grillos, estuvo conmigo hasta que la operación terminó y, tomándome de la mano, me condujo a su magnífico aposento, donde me examinó más minuciosamente mientras yo le relataba una versión compendiada de mis aventuras desde la niñez pero, de modo especial, sobre los últimos sufrimientos sin paralelo, que él ordenó fueran escritos en un expediente.

El afectuoso magistrado entonces redobló su bondad para conmigo, me regaló generosamente 50 dólares; de inmediato ordenó a una de sus domésticas traerme la vestimenta que necesitase. Despachó a otra por un sastre, para hacerme un traje completo, junto con un conveniente par de pantalones que aminoraran los efectos perniciosos de la cadenas que podían ser puestas sobre mis piernas en el futuro.

También me condujo, el mismo día, a todas las casas elegantes del pueblo, refiriendo las particularidades de mis penas singulares y peregrinación, que al ser escuchadas por los caballeros pudientes se tradujeron en tantas donaciones que, antes del anochecer, ya tenía no menos de 100 dólares en los bolsillos.

Al regresar a la casa, el generoso amigo me invitó a cenar y me dio consejos sobre cómo conservar el dinero, pues dijo que mi viaje aún no estaba concluido y que tenía que pasar por varios pueblos antes de llegar al lugar a donde iba destinado. Después de la plática, fui a la cama con la más agradable complacencia que haya experimentado en todo el curso de mi vida.

Temprano en la siguiente mañana, el magistrado entró a mi aposento y me despertó con el más gentil de los acentos:

mi amigo, levántese a desayunar. Obedecí rápidamente a su llamado y, mientras nos sentábamos a la mesa, varios de los sirvientes vinieron con el obsequio de finos vestidos.

Después de tomar un poco de aire juntos, el fino anfitrión me informó que las leyes del país y la maldita desconfianza del Gobernador lo obligaban a enviar por el herrero para ponerme los grillos de nuevo, que sentía mucho no poder retenerme por más tiempo, pero que se aventuraba a hospedarme por una semana, de modo que tuviera un descanso total para poder soportar lo que faltaba del viaje.

Durante el resto de la estadía me trató con la mayor hospitalidad y consideración. El día de la partida, me procuró una guarda de soldados, me montó en el caballo y acompañó hasta el siguiente pueblo, donde almorzamos juntos. Cuando la comida terminó, tomó mi mano y, llevándola al pecho, dijo en suave voz: mi amigo, le digo adiós; si no tenemos la felicidad de volvernos a ver en este mundo, nuestro júbilo será más exquisito a nuestro feliz encuentro en el otro. Un torrente de lágrimas brotaron de mis nublados ojos, pues nunca había sentido en toda la vida una despedida que no haya lamentado tan tiernamente.

Unos nueve o diez días después de haberme separado del valioso magistrado fui conducido por 50 diferentes pueblos, donde cada gobernador renovaba la escolta cada vez que atravesábamos por su jurisdicción. La compañía me cambiaba con frecuencia los grillos, al extremo que en un día me fueron puesto media docena de diferentes pares de herraje.

Con el tiempo arribamos al lugar definitivo, el pueblo de Guatemala, o mejor Larmeta (La Ermita), pues Guatemala, la anterior capital de la provincia y residencia del Presidente o Gobernador español de las provincias sureñas de Nueva España, había sido recientemente destruida por un terremoto y sus habitantes comenzaban a construir sus moradas en un lugar más conveniente a pocas millas de distancia, al que llaman Larmeta. (28)

Cuando arribamos allí, los guardias me condujeron a la entrada de un calabozo subterráneo y ordenaron desmontar. Luego se abrió una puerta pesada que daba acceso a un oscuro pasadizo debajo del terreno, en el cual penetramos inmediatamente. La puerta se cerró con firmeza. Alumbrados con candelas avanzamos unas yardas hacia adentro, bajando por unas gradas hasta una segunda puerta que fue abierta al instante para darnos paso, después de lo cual la cerraron.

De igual manera atravesamos cuatro estupendas entradas, hasta llegar al terreno nivelado de una gran mazmorra subterránea, la lúgubre habitación de asesinos, traidores, ladrones y otros malhechores, entre los cuales fui obligado a acomodarme. No pude determinar el número de los condenados, pero este lugar era el receptáculo de todos los criminales de las provincias sureñas de la Nueva España; probablemente llegaban a varios centenares.

Antes de las tres semanas de encierro fui sacado tres veces del oscuro escondite y conducido, bajo fuerte escolta, al despacho del Presidente, quien me sometió a un examen puntilloso, más que el de los jueces anteriores. Relaté mis desgracias tratando de impresionarle lo mejor que pude, pues albergaba la esperanza de recobrar la libertad pero, ¡caramba!, al final del tercer interrogatorio el autoritario Presidente me dijo que todo lo que yo había aducido en mi defensa no valía nada, que no tenía ningún derecho legal de andar por sus costas; por lo tanto, debería volver al calabozo y permanecer allí hasta que él escribiera a la Corte de la vieja España y obtuviera respuesta para poder continuar con los adicionales procedimientos relativos a mi caso.

Me encontraba ahora en la más lamentable situación que experimenté desde que se iniciaron mis desventuras. Mis ojos escasamente podían ver algo, salvo una continua escena de temible oscuridad y mis oídos no recibían más salud que el ruido de inquebrantables cadenas y los juramentos o blasfemias de los maleantes castigados. Ellos estaban sujetos con pesados grillos, condenados a una rápida y dolorosa transición a la eternidad, o a pasar aquí el resto de sus terribles vidas sin volver a ver la claridad del día.

Al igual que los otros prisioneros, yo también tenía fuertes esposas en las manos, pesados hierros en las piernas y cadenas alrededor del cuello y la cintura, quedando mis pies atados al cepo durante las silenciosas horas de todas las noches. Para completar el desgraciado cuadro, las provisiones que nos daban eran escasamente suficiente para mantenernos con vida.

Felizmente mi penalidades no duraron mucho. Pronto me di cuenta que la indulgente Providencia, que antes me había sacado de peligros y dificultades en innumerables casos, aún parecía alargarme su bondadosa mano. En efecto, poco tiempo después de mi examen por el implacable

28. El terremoto del 29 de julio de 1773 provocó el abandono de Antigua Guatemala y su traslación al valle de La Ermita, donde se asienta la nueva ciudad.

Presidente, una bella mujer visitó el calabozo y, habiéndose dirigido a mí con una mirada de bondad y compasión, quizo saber los detalles de mis desventuras, a lo cual accedí gustosamente dándole una completa descripción de las más notorias vicisitudes que sufría por causa de la mala suerte.

Su compasivo corazón pareció grandemente afectado por mis sufrimientos pasados y presentes; en su turno, me informó que era descendiente de padres ingleses y que sentía especial afecto por aquellos que estimaba como paisanos. En consecuencia, movida por compasión al mirar cómo me llevaban encadenado a la presencia del Gobernador, comprendiendo que yo era un inglés en estado lamentable, resolvió visitarme en el oscuro confinamiento y ejercer su influencia para que mi encierro fuese más tolerable.

En realidad, su generosidad y esfuerzo a mi favor excedieron las más ansiadas expectativas. Siendo una dama de alcurnia y opulencia, pronto logró que el Gobernador me aliviara en gran parte de las cadenas y, durante el resto del largo confinamiento, me proveyó de muchas candelas para alumbrar la oscura celda; del mismo modo, enviaba de su mesa un confortable refresco de chocolate dos veces al día, junto con suntuoso almuerzo y cena, tanto que mi ración era ahora excelente, no teniendo de qué quejarme, salvo de la miserable compañía con la que tenía que convivir.

CAPITULO VIII

Sobre la desagradable sentencia que le fuera dictada mandándolo a la vieja España como prisionero de por vida; de su tratamiento posterior entre los españoles; su partida de Sur América; su llegada a La Habana; su enfermedad providencial que allí tuvo; su afortunado escape de los españoles y su feliz arribo al lugar de su nacimiento.

Quedé por unos tres años en el calabozo subterráneo, sin la oportunidad de coger un rayo de sol, salvo cuando era conducido ante la augusta presencia de mi juez imperial. Al expirar aquel tiempo, se recibió un mensaje de la Corte española, ordenando me escoltasen de pueblo en pueblo hasta el puerto de Omoa, para ser conducido en el primer barco a la vieja España, donde viviría prisionero de por vida.

No obstante la triste perspectiva que debería encarar, aún imploraba el favor del Omnipotente; tenía la confiada esperanza que el mismo Ser misericordioso que con su gracia me había salvado de los malvados indios, me asistiría para liberarme de los tiranos españoles. De conformidad con la última sentencia fatal, me separaron de mis desafortunados compañeros para ponerme bajo el cuidado de la guardia militar, asignada para escoltarme durante el proyectado viaje a la costa oriental.

Al salir del calabozo, me sorprendí grandemente al observar el vasto progreso de la ciudad bajo la cual había estado confinado. Cuando la ví la primera vez consistía tan sólo de una docena de casas elegantes y gran número de ranchos maltrechos, que los habitantes en fuga de Guatemala habían levantado como asilo temporal hasta que pudieran construir habitaciones adecuadas. Ahora los ranchos estaban demolidos y una población elegante, con dos magníficas iglesias, ocupaba su lugar.

Una vez dejada la población, continué con mis guardias por diversos pueblos españoles. Al cuarto día de la

jornada fui confinado a una celda oscura a considerable distancia del litoral, donde el Presidente había ordenado retenerme hasta que un barco estuviese presto a salir del puerto de Omoa. Por lo tanto, fui mantenido con fuertes cadenas y con una pobre dotación de sustento, pero tuve la dicha de observar un poco de luz solar que se filtraba entre los masivos barrotes de hierro colocados a través de un pequeño agujero al lado de la habitación.

Después de quedar en ese lugar por un año más, fui escoltado en pocos días al Fuerte de Omoa, para ser deportado en una flota que estaba lista a partir para Europa. Al llegar al puerto, encontramos que la flota había salido pocos días antes y mi intentado pasaje a Europa quedó frustrado por entonces; como resultado, tuve que esperar la partida de otra flota. Para mientras, estuve confinado en una penumbrosa celda del Fuerte de San Fernando de Omoa, fortificación muy resistente que los españoles habían erigido unos 20 años atrás. No obstante, la fortaleza había sido sorprendida y capturada poco antes por un destacamento británico procedente de Jamaica, para ser luego evacuada a causa de su ambiente insalubre.

Mientras permanecí en el Fuerte, fuimos sacudidos varias veces por tremendos terremotos. Uno de ellos resultó tan severo que, a pesar del sorprendente peso de la instalación, estremeció sus bases y los estupendos muros se rajaron de arriba a abajo. En realidad, esta circunstancia no me infundió temor, como lo hubiera hecho pocos años antes, porque los terremotos eran tan frecuentes en la mayoría de

los lugares donde estuve encerrado que me había acostumbrado a ellos.

Aquí supe que Charles Fox, el joven con quien me suponían en ilegal consorcio, se encontraba a bordo de la flota que no había podido alcanzar. Supe de él en todas las prisiones por donde pasé, pues siempre nos llevaron por los mismos caminos y pueblos a través del país, habiendo sido confinados ambos por los mismos períodos de tiempo, pero nunca tuve el placer de encontrarme con él, porque lo sacaban de un calabozo al tiempo que a mí me metían en el mismo. Iba en ruta a España bajo igual sentencia que la mía: prisión vitalicia.

En el Fuerte de San Fernando fui por primera vez suplido con provisiones del gobierno español, comida miserable en verdad. La dieta que me daban poco difería de la destinada a los cerdos, y aunque su calidad hubiese sido buena, su cantidad era escasamente suficiente para mantenerme con vida. Sin embargo, me sostuve con ella por el espacio de 18 meses, al final de los cuales partí de la costa americana en un barco que se dirigía del Golfo Dulce a España cargado con plata, índigo y otros artículos de inmenso valor.

Habiendo estado confinado por una serie de años en cárceles y calabozos, escasamente respirando aire fresco, salvo durante el tiempo cuando me transportaban de una oscura celda a otra, aproveché este viaje para exponerme al aire, sin pensar en los perniciosos efectos que podía obrar en mi debilitada constitución. En realidad, tuve que lamentar mi indiscreción porque, habiendo tomado un largo bote como cama, el "sereno" cayó sobre mi cuerpo en reposo y ejerció tan dañina influencia, que cuando desperté escasamente pude incorporarme, habiendo quedado tullido del lado izquierdo.

Cuando el barco en que viajaban ancló en La Habana, fui llevado a un hospital, donde me atendieron cuidadosamente varios doctores y frailes; no obstante, sus esfuerzos combinados estuve por 12 días sin habla, en cama por seis meses. Aunque la enfermedad empezó a mermar, mis asistentes perdieron la esperanza de que recobrará las fuerzas a grado aceptable.

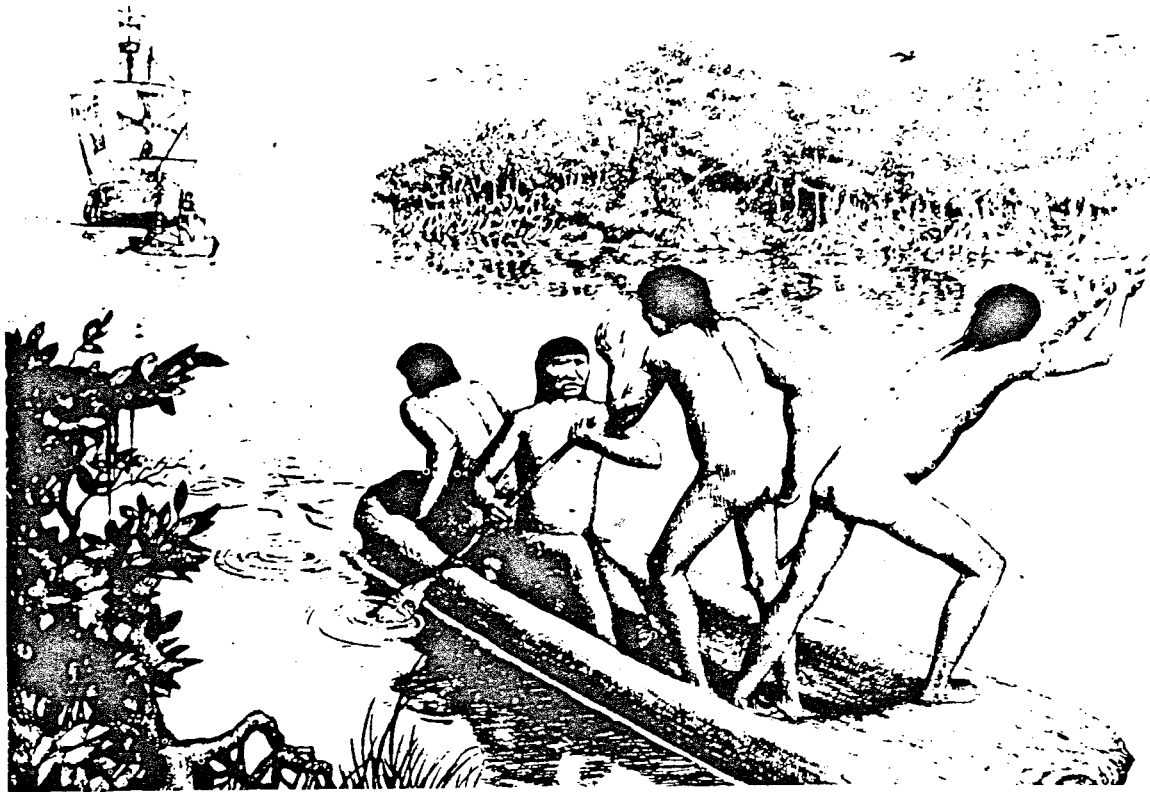
Sin embargo, habiendo recuperado las facultades vocales y alguna habilidad para caminar de alguna manera, el Gobernador me comisionó para actuar como intérprete de los ingleses prisioneros de guerra, pues el barco que me conducía a España había partido hacia largo rato a su destino. Ahora gozaba de mayor libertad y me sentía muy feliz de encontrarme nuevamente con algunos de mis antiguos vecinos y saber por ellos que mis padres todavía vivían en Whitehaven. Conociendo esto les envié una carta, que después supe fueron las primeras noticias que sobre mi persona tuvieron desde el comienzo de mi cautiverio.

Visitaba con frecuencia el despacho del Gobernador español con peticiones de los prisioneros; no fallé en presentarle la mía, rogándole que me permitiese regresar a casa en el primer barco inglés. El Gobernador era un hombre de gran humanidad, pero siempre me respondía que no estaba en su poder darme tal concesión, pues tan pronto como recuperara salud y fuerza se vería en la obligación de enviarme a España en cumplimiento de lo ordenado por la Corte.

Sin embargo, después de pocos meses, 500 prisioneros ingleses fueron indultados y ordenados embarcar en un transportador con destino a Jamaica. El Gobernador me encomendó pasar la lista de los respectivos prisioneros hasta completar con el número. Entonces renové mi peti-



ILUSTRACION: MODESTO GARCIA



ILUSTRACION: MODESTO GARCIA

ción ante él, intercediendo humildemente por mi causa y que permitiera irme con ellos. El me respondió que yo era más libre que cualquiera de los prisioneros y que debería saber cómo usar mejor de mi libertad. Esta contestación favorable la interpreté como una aprobación a mi petición y por lo tanto me apuré a abordar el transbordador. En tres días estábamos en Jamaica.

Procedí luego averiguar sobre el capitán tramposo con quién había navegado la última vez desde ese lugar. Grande fue mi sorpresa cuando su hermano —el mercader Edward Woodhouse— me informó que no había tenido noticias de la goleta Betsy desde la época cuando yo me fui en ella. Entonces le relaté las particularidades de mi cautiverio y de los sucesos en la goleta antes de ser tomado por los indios. En consecuencia, ambos arribamos a la conclusión que los españoles habían perseguido y capturado la goleta y realizado venganza fatal por los daños que habían recibido de ella.

Entonces me di cuenta de las inefables bondades de la divina Providencia, que me había deparado merecido sufrimiento, porque a pesar de los bárbaros tratamientos que experimenté en el bosque, al menos tuve ahí un refugio que me libró de enemigos más vengativos.

Aunque me encontraba en un territorio de mi soberanía legal, aún estaba lejos de la costa nativa, sin ningún dinero para adquirir un pasaje ni habilidad para ganarme la vida con la labor de mis manos. Sin embargo, la benigna Providencia pronto hizo posible mi transportación por medio de unos generosos y valiosos amigos, pues poco tiempo después de haber llegado a Jamaica me encontré con el capitán Thomas Cragg, comandante del Apolo de Workington, quien generosamente me otorgó un pasaje para Londres; el capitán Booth del Moore, de Whitehaven, continuó con

la beneficencia llevándome gratuitamente a Dublin y el capitán Fisher del Orange concluyó la misma, transportándome sin costo a Whitehaven, a donde arribé el 15 de abril de 1783.

Me faltan las palabras para descubrir el éxtasis jubiloso que se apoderó de mi mente al arribar de nuevo al lugar de nacimiento. No regresé en realidad con aquel cuerpo ágil con el cual partí, pero no dejé de admirar la bondad de la divina Providencia en esta circunstancia, que parecía haber calculado sabiamente el medio para que escapara de mis inexorables enemigos vivo a la playa natal.

Después de mi llegada acá, la habilidad conjunta de varios eminentes médicos se puso en acción para restaurar mi fuerza corporal. Aunque estos ejercicios no fallaron por completo, quedé totalmente incapacitado para reanudar mis antiguas labores. Por lo tanto, siguiendo el bondadoso consejo de varios juiciosos amigos, me dediqué a presentar un detalle de estas sorprendente aventuras, con el objeto de hacer de su venta un medio de subsistencia, hasta que la Providencia me permita reasumir con felicidad el antiguo oficio.

La primera edición de mi narración obtuvo una rápida aceptación, a través de la cortesía del público generoso, más de lo que pude imaginar. Con la misma oportunidad para solicitar la ayuda del público, como en el caso anterior, me he tomado el gran trabajo de mejorarla en esta segunda versión. Albergo la esperanza de seguir contando con la indulgencia que he gozado de parte de mis generosos paisanos.

El lector puede estar seguro que cada frase de mi narrativa está basada sobre las firmes bases de la verdad. No me cabe duda que en su lectura los benefactores que la comprén encontrarán su generosidad ampliamente retribuida.